

Entre sus logros contó el evitar que las vías férreas se expandieran en el estado. Las dificultades de la navegación a través del Balsas, muy bien documentadas en el libro que comentamos, y la expansión limitada del ferrocarril, tuvieron consecuencias durables en territorio guerrerense. A manera de testimonio de las oportunidades perdidas, el sonido del tren del Balsas se escucha todavía en la ciudad de México y, de vez en cuando, intrépidos navegantes montados en modernas embarcaciones recorren el río, aún famoso por sus rápidos.

Carlos Illades  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
METROPOLITANA-I

David A. Brading, *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 304 pp.

El tema de la Iglesia novohispana ha vuelto a ser una de las materias que atraen la atención de los historiadores del periodo colonial, según puede descubrirse en los trabajos llevados a cabo últimamente por Antonio Rubial García, Francisco Morales y Manuel Ramos, entre otros. David Brading, uno de los mejores conocedores del Bajío mexicano durante la época borbónica, publicó su más reciente trabajo, en el que aborda las cuestiones eclesiásticas del obispado de Michoacán. Su búsqueda trata de abarcar los aspectos más importantes de la religión colonial, desde la organiza-

ción, la administración y las cuestiones económicas de ingresos y gastos, hasta la religiosidad popular. Según el propio autor ésta era una investigación que le faltaba realizar, teniendo en cuenta que ya ha hecho estudios económicos respecto a la minería y a la zona agrícola en el Bajío y a la administración real en una ciudad minera.

El trabajo se divide en tres apartados, cada uno de los cuales con un interés particular: el primero está dedicado a las órdenes religiosas iniciadoras de la evangelización de los indígenas, que habían mantenido sus conventos en los pueblos indígenas realizando sus miembros labores de párrocos, por lo que hasta antes del periodo de las reformas borbónicas seguían siendo el pilar fundamental de la Iglesia en toda Nueva España. El segundo apartado se concentra en los clérigos de la diócesis, la organización de los creyentes en comunidad dentro de las cofradías, los beneficios para las parroquias a causa de estas organizaciones y la visión que se tenía sobre los actos de devoción popular. La tercera parte describe las relaciones producidas dentro del alto clero, entre los obispos y los sacerdotes adscritos al servicio catedralicio y los ingresos que se obtenían por los diezmos.

Brading comienza con un estudio sobre las relaciones entre las que él llama las órdenes religiosas, entre ellas las de los jesuitas y las de los oratorianos de San Felipe Neri, y la sociedad novohispana. Considera principalmente los conflictos de las órdenes al entrar en una época de modernización patrocinada por la corona española. Los reyes borbónicos veían a esas congre-

gaciones como organismos sociales arcaicos que les disputaban el poder a nivel regional, además de que se oponían a los cambios propuestos por la corona. Esto marcó el punto de partida de todos los conflictos de las órdenes religiosas con los oficiales reales y los obispos de Michoacán.

La expulsión de los jesuitas, la secularización de las parroquias que estaban en manos de los sacerdotes regulares y los intentos de cambiar las constituciones de los conventos de monjas son varias de las medidas tomadas contra las órdenes religiosas. Muchas de ellas pasaban por un periodo de decadencia que vislumbraba muy lejana la época dorada de la primera fase de la evangelización y que hacía que algunos miembros intentaran cambiar la situación imperante en sus institutos religiosos. Una de las reformas más importantes fue la que se realizó dentro de la orden de San Francisco, con la fundación de los Colegios de Propaganda Fide, que tuvieron su primera fundación en la ciudad de Querétaro. Esta ciudad, a pesar de no pertenecer al obispado de Michoacán, estaba dentro de la jurisdicción de la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo, de Michoacán.

En este apartado, el autor se ocupa de la congregación del Oratorio de San Felipe Neri de San Miguel el Grande, basada en una regla general para todas las casas que se hubieran fundado bajo su advocación. La importancia de este oratorio residía en que sus miembros habían fundado un colegio, el de San Francisco de Sales, que en alguna medida se había constituido en uno de los centros culturales más im-

portantes de la región, y en el que se comenzó a introducir el estudio de filosofía moderna, física y matemáticas, como una reacción ante el sistema escolástico todavía en práctica.

La segunda parte del libro se enfoca a la otra rama del clero, el secular. Examina cómo cada parroquia tenía que buscar sus recursos, sobre todo por medio de las capellanías y las obras pías, y la manera en que los sacerdotes de mediados y fines del siglo XVIII observaban las manifestaciones de la religiosidad popular, patentes en las fiestas de los patronos de los pueblos o en las celebraciones eclesíásticas más importantes del calendario litúrgico.

El primero de los puntos tiene como interés fundamental las divisiones producidas entre los diferentes párrocos, según el lugar donde estaban administrando, ya que la diócesis comenzó a tener marcadas diferencias entre las regiones que abarcaba. Por un lado, el Bajío estaba en pleno periodo de auge, lo que hacía que sus parroquias fueran consideradas ricas y sus puestos fuesen codiciados por los sacerdotes, al contrario de lo que pasaba con las de la meseta tarasca, que habían comenzado una época de decadencia desde el siglo XVII debido a la despoblación, crisis de la cual no se había podido recuperar. De esta manera, se señala lo que se ha entendido como la división en el clero novohispano entre alto y bajo.

Esto lleva al autor a plantear la situación de las cofradías del obispado, señalando la forma en que se allegaban los recursos necesarios para el mantenimiento de las devociones a las que se dedicaban, la labor que realizaban

al mantener la cohesión social de los poblados y las marcadas diferencias entre las que estaban constituidas por españoles e indígenas. Al igual que las órdenes religiosas, las cofradías también tuvieron que sufrir los ataques de los oficiales reales, quienes habían advertido a la corona de la libertad que gozaban y el desorden que imperaba en ellas, pues en algunos casos tenían grandes recursos económicos que no eran aprovechados o eran dilapidados. Por tanto, se comenzó el intento de reglamentar todos los aspectos del funcionamiento de dichas instituciones religiosas, para mantenerlas subordinadas a las autoridades reales.

El tercer capítulo estudia la forma en que todos los factores anteriormente citados confluyeron para crear una religiosidad popular que no se amoldaba al pensamiento de ciertos sacerdotes y oficiales reales ilustrados, en el cual no cabían muestras como los carnavales y las celebraciones suntuosas, las supersticiones y la magia dentro del espacio de la religión. Ello llevaba a ver que había una gran distancia entre los sacerdotes y los fieles de sus parroquias, que según hace notar el autor fue ensanchándose conforme terminaba el siglo XVIII, cuestión confirmada por la elevación del número de denuncias de sacerdotes respecto a las celebraciones de las parroquias del obispado. A pesar de los intentos de reglamentación y de los castigos impuestos para evitar que esas prácticas continuaran, la resistencia de los miembros de las cofradías y demás pobladores fue tenaz ante una intromisión considerada inaceptable por parte de los oficiales reales.

Por último, acerca de la organización de los cuadros altos de la diócesis (obispo y cabildo catedralicio) y la riqueza que les era conferida por pertenecer a este cuerpo de la Iglesia, sobre todo en el arzobispado de México y los obispados de Puebla y Michoacán, los datos proporcionados en los apéndices finales indican que tres de las cuatro divisiones religiosas más ricas de toda Hispanoamérica colonial tenían estipendios casi iguales a los que recibían los oficiales reales de similar categoría (intendentes).

A partir de tales datos el autor examina la creación de grupos de poder en los cabildos eclesiásticos, las promociones y el uso de influencias para desprestigiar a los obispos competidores en la lucha por los puestos más altos dentro de la jerarquía de la Iglesia en el imperio español. El autor ofrece un análisis de la composición del cabildo en el periodo del obispo San Miguel, donde se detallan los antecedentes y procedencia de cada uno de sus miembros. Además de las disputas en el interior de los cabildos, Brading hace notar la dificultad del criollo para llegar a ocupar un obispado, ante la desconfianza de las autoridades de Madrid respecto a sus súbditos americanos.

Brading culmina su estudio con dos temas abordados ya por otros historiadores de manera más particular: la consolidación de vales reales y el comportamiento del obispo Manuel Abad y Queipo durante la guerra de Independencia. El primer tema lleva al autor a hacer un recuento de las formas en que se cobraba el diezmo, los problemas para recaudarlo y las ins-

trucciones reales para hacer más efectivo su cobro. Sin duda, esto sólo sirve como marco para el problema principal del autor: la consolidación de vales reales, del año 1804, que provocó una aguda crisis económica debido a la salida de capital y que significó, entre otras cosas, que muchos hacendados y comerciantes antes beneficiados por ese tipo de crédito eclesiástico tuvieran que pagarlos rápidamente o deshacerse de sus propiedades para obtener el dinero que liquidara sus deudas. Otro punto es el golpe que ello significó dentro de la Iglesia, pues muchos sacerdotes perdieron sus fuentes más constantes y seguras de ingreso, lo que aumentó el descontento entre los miembros del clero del obispado.

Por último, y a guisa de ejemplo de lo que era un obispo, el autor presenta una sucinta relación de la actuación de Manuel Abad y Queipo, que fuera designado obispo electo por la Junta de Cádiz y que estuvo con el mismo título durante la guerra de Independencia. Abad y Queipo fue uno de los obispos más liberales de ese tiempo, si consideramos los intentos de defensa de las colonias americanas ante las crecientes exigencias del poder real.

Para el obispo, la consolidación del dominio español sobre los territorios americanos debería descansar en una política que beneficiara más a las colonias, haciendo ver la importancia de su relación con España. Por eso atacó desde el cabildo catedralicio de Valladolid, y después como obispo electo, las disposiciones que sangraban económicamente a Nueva España. Su posición durante la guerra de Independencia le valió la enemistad del rey y

de varios miembros influyentes de la corte, por lo que, una vez vuelto al poder Fernando VII, fue retirado del obispado y nunca regresó a él.

Este libro nos introduce al tema de la Iglesia con asuntos muy poco estudiados dentro de la historiografía de la colonia en México. En la mayoría de los casos, lo escrito sobre el tema son trabajos con enfoques parciales; ya sea en favor o en contra de esta institución, ambas formas de tratamiento han tenido la desventaja de devirtuar o engrandecer las acciones de la Iglesia. Con este libro de Brading, se muestran los diversos intereses combinados en una estructura tan amplia como el obispado de Michoacán, de entre los que surgen diferentes conceptos de la religión dentro de los grupos que tenían como precepto básico el hacer cumplir las leyes eclesiásticas.

La situación de choques de poder entre obispos y órdenes religiosas, o entre congregaciones e incluso dentro del círculo más cercano a los dignatarios, recrean una Iglesia más dinámica y compleja de lo que generalmente se nos presenta. La resistencia a los intentos reformistas de los oficiales borbónicos hace ver una relación con mayores conflictos entre ambos grupos de poder en la colonia, con una iglesia menos sumisa de lo que ha querido verse y más dispuesta a ofrecer resistencia cuando era atacada, así fuera el rey quien ordenara los ataques.

El autor ensaya una variedad documental, ya que utiliza tanto registros eclesiásticos como civiles, mostrando así la riqueza de esta historia, que requiere de nuevos enfoques para comprender la actuación no siempre ho-

mogénea de los miembros de la Iglesia. Esto podría dar ciertas pistas para comprender mejor la actuación posterior de la Iglesia y sus diferencias para enfrentar los problemas que ha tenido como institución.

En este sentido, el autor muestra que el tema no se ha agotado; él mismo da cuenta de las lagunas que impiden el cuadro completo de la Iglesia en la época borbónica novohispana. Entre otras ausencias señala, por ejemplo, las repercusiones de la secularización en las órdenes religiosas, un acercamiento más profundo a la religiosidad popular o la conformación de los cabildos catedralicios.

Este tipo de estudios permitiría esclarecer el papel de la Iglesia en las reformas borbónicas y durante la guerra de Independencia, temas que han comenzado a ser buscados por otros medios. Tales acercamientos se han producido por medio de los sermones conservados hasta la fecha y que abarcan la actuación de las capas más altas de la jerarquía eclesiástica, desde la época de las reformas borbónicas hasta la reforma.

Desde nuestra perspectiva sería necesario hacer también una minuciosa búsqueda en otras expresiones de las capas medias y bajas de esta institución, así como abordar de manera más metódica los antecedentes inmediatos a este periodo, muy descuidado por los historiadores. Éste ha sido cubierto, de manera absurda, con generalizaciones sin fundamento que oscurecen la visión de lo que sucede en los siglos resplandecientes de la época colonial: el XVI y el XVIII. A pesar de que Brading aborda en algunos momentos

este periodo, su acercamiento sólo puede ser señalado como un intento preliminar que, para el caso de Michoacán, ojalá sea cumplido por él o por algún otro historiador que recurra a las fuentes que existen en algunos archivos de México y del extranjero.

Guillermo A. Nájera Nájera  
UAM-IZTAPALAPA/CONACYT

Mark Wasserman, *Persistent oligarchs, elites and politics in Chihuahua, Mexico, 1910-1940*, Duke University Press, Durham, 1993, 265 pp.

Un tema controversial dentro de la historiografía mexicana es, sin duda, el de la sobrevivencia o muerte de la elite económica porfiriana, debido al parentesco que tiene con el debate revisionista sobre el carácter verdaderamente revolucionario o no de la revolución mexicana. No obstante la trascendencia del asunto, la historiografía no lo ha abordado con la profundidad necesaria, sobre todo si comparamos la cantidad de títulos disponibles con el alud de obras dedicadas al origen y al curso de la revolución mexicana. Afortunadamente, el historiador norteamericano Mark Wasserman nos narra ahora esta historia desde la perspectiva regional de Chihuahua. Vale señalar que otros han incurrido en la materia directamente: Alex Zaragoza en *The Monterrey elite and the Mexican State, 1880-1940* (Austin, 1988), Emilio Zebadúa en *Banqueros y revolucionarios: la soberanía finan-*